

MEMORIA VIVA DE UN OFICIO EN EL OLVIDO: LAS TALAYERAS DE SANTA BRÍGIDA¹

*María del Pino Rodríguez Socorro
Antonio Santana Santana*

INTRODUCCIÓN

El pago de La Atalaya de Santa Brígida (Gran Canaria) suscitó un gran interés entre los turistas desde el comienzo mismo de la actividad en el Monte Lentiscal a finales del siglo XIX. El hábitat troglodita, la elaboración de cerámica mediante la técnica del urdido y la vida primitiva, más bien miserable, de sus habitantes fueron los tres aspectos que centraron la atención de estos primeros turistas. El pago y sus habitantes fueron ampliamente descritos en los abundantes relatos de viajes y mediante fotos con las que se llegaron incluso a realizar postales turísticas. Las descripciones literarias y las fotos se centran en las cuevas, en la vestimenta y en el comportamiento de los habitantes, en las técnicas de elaboración de la cerámica y otros aspectos, pero las referencias a las alfareras son más bien escasas; apenas unos comentarios al proceso de elaboración de las piezas y a sus costumbres.

A partir de comienzos del siglo XX, escritores y pintores locales recrean la figura de la mujer, la talayera, que es elevada al rango de símbolo de la mujer canaria, aunque paradójicamente, a partir de los años ochenta, de la mano de investigadores locales, la figura de la locera se ve eclipsada por la de Francisco Rodríguez, más conocido por Panchito, “el último alfarero”, en realidad el único hombre del que existe constancia de que practicara la alfarería, vinculado a la elaboración de la loza a través de su madre, *la Bartola*. De este modo, en las últimas décadas del siglo XX, Panchito se convirtió en paradigma del auténtico alfarero grancanario. Sin embargo, la verdadera artífice, no solo de la preservación del oficio del barro sino de la creación de esta sociedad tan peculiar y que tanto interés suscitó a partir de principios del siglo XIX, fue la mujer, la talayera, responsable de la conservación y de la transmisión del conocimiento alfarero generación tras generación.

Con este trabajo nos proponemos hacer un recorrido por la evolución de la imagen de la mujer talayera a través de los textos y la iconografía, y contrastarla con la visión de los últimos testigos vivos de esta tradición obtenida a partir de entrevistas desarrolladas a lo largo del mes de enero de 2007. Con ello pretendemos contribuir a recuperar la figura de la alfarera y, en último extremo, rendir un homenaje a María Guerra, *la Quemá*, la última auténtica alfarera en activo.

Nuestro artículo es un avance del resultado de la labor de investigación que se inició en 2004 con la elaboración y defensa de una tesis doctoral² y que continúa con la publicación de varios trabajos.³

LA MUJER TALAYERA EN LOS PRIMEROS VIAJEROS

Aunque son muchos los autores decimonónicos que describen el pago y a sus habitantes en sus textos, las referencias específicas a las mujeres no son muy abundantes y se limitan a unos pocos comentarios. Una de las primeras referencias específicas es la del germano Hermann

Schacht que, curiosamente, señala que durante su visita al poblado en 1857 las mujeres “bobinaban seda” sentadas delante de sus casas (Schacht, 1859: 173). Maximiliano I, que visita el pago en 1859, ofrece una visión colorista y típica del poblado y de sus habitantes y, al contrario que otros muchos viajeros de la época, destaca que las mujeres y muchachas iban “ataviadas con sus coloridos vestidos de los domingos” (en Sarmiento, 2007 [1861]: 213-214).

El británico Burton Ellis, que visita el pago durante la década de los años setenta del siglo XIX, en uno de los textos más críticos sobre los habitantes del pago, describe a las mujeres como “robustas Amazonas” (Ellis, 1993 [1885]: 46) y es el único que señala que se le acercaron “las más jóvenes y más atractivas de su género femenino para intentar obtener de nosotros pequeñas monedas” (Ellis, 1993 [1885]: 48). Olivia Stone, que dedica un extenso comentario al pago elaborado tras su visita en 1883, destaca la labor de las viejas alfareras y resalta su habilidad y la buena calidad de las piezas (Stone, 1995 [1889]: 177-178). También destaca su labor como vendedoras y su pobre condición (Stone, 1995 [1889]: 179-180). Charles Edwardes, como Stone, destaca la labor alfarera de una anciana que contempla confeccionando una pieza durante su visita en 1887 (Edwardes, 1998 [1888]: 324), señala la escasa ropa que vestían las mujeres (Edwardes, 1998 [1888]: 323-324) y destaca su mala reputación entre la población local que “antes se casarían con una negra que con una mujer de La Atalaya, por lo que desde tiempo inmemorial las gentes de esta localidad han cohabitado entre ellos” (Edwardes, 1998 [1888]: 324). Por último, Adolf Borgert, que visita el pago en 1902, incide en destacar la mala reputación de las mujeres entre los habitantes de la isla y se recrea, como hiciera Burton Ellis, en la descripción de una disputa entre dos mujeres (Borgert, 1903: 494-495).

Los grabados y las fotos de la época conservados en que figuran mujeres representan estampas y composiciones estereotipadas: mujeres, muchas veces con niños, sentadas en la entrada de la cueva; mujeres sentadas en el suelo exponiendo ante el fotógrafo su producción cerámica; y mujeres elaborando piezas. Hay que destacar que, salvo en una fotografía utilizada como postal captada entre 1895 y 1900 [Foto 1], muy al contrario de lo que insisten los textos, la vestimenta de estas mujeres, y de la población en general, es la normal entre la población de la época y en ningún caso se las ve semidesnudas, aunque sí resulta normal la ausencia de calzado. Incluso en dos fotos, una de Luis Ojeda Pérez, fechada en 1890 [Foto 2], y otra de autor anónimo captada entre 1895 y 1900 [Foto 3], se las ve bien vestidas con ropa de “domingo”, como destacara Maximiliano I.



Foto 1: autor sin identificar. Los niños de La Atalaya. 1895-1900. Fondo fotográfico de la FEDAC.



Foto 2: autor Luis Ojeda Pérez. Hornada de La Atalaya. 1890. Fondo fotográfico de la FEDAC.



Foto 3: autor sin identificar. Cuevas y niños. 1895-1900. Fondo fotográfico de la FEDAC.

En cualquier caso, entre los turistas de finales del siglo XIX se impone un estereotipo de talayera como una alfarera primitiva que elabora piezas de alta calidad a mano, sin empleo de torno, con escasa ropa, de un comportamiento tosco y con mala reputación entre los habitantes de la isla.

LA MITIFICACIÓN DE LA MUJER EN LOS TEXTOS Y PINTURAS DE LOS AUTORES CANARIOS DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

Esta imagen inicial elaborada por los viajeros y turistas es reelaborada a partir de comienzos del siglo XX por autores locales, entre los que destaca Francisco González Díaz (González, 1900), hasta elevar a la talayera a la categoría de paradigma de la auténtica y genuina mujer canaria. Francisco González, que asume la idea difundida entre los turistas de que los habitantes del pago eran descendientes de los antiguos aborígenes canarios, recrea en un artículo publicado en la prensa local un estereotipo de mujer que, con el tiempo, se convertirá, en especial a través de la iconografía como él mismo augura, en icono de la auténtica mujer canaria, de “Líneas duras, pero correctas, de estatuas labradas en granito;

macizas construcciones sin gracia, pero vistosas. Formas opulentas, colores sanos, recia musculatura, busto erguido, un escultor podría tomarlas de modelo para representar la fecundidad y la fuerza triunfante. Fuertes y fecundas son, en efecto, como muy pocas mujeres”. Hechas tanto a las “mayores inclemencias, como á las miserias mayores”, capaces de recorrer grandes distancias “á grandes zancadas, resistente y ágil, sin dejarse vencer de la fatiga”, dotadas de unos pies que han “adquirido consistencia pétrea y grandor exagerado, un pie fenomenal pero sin forma, semejante á la pata de un dromedario”. Explica su mala reputación entre la población de la isla de la que se hicieron eco los textos de los viajeros decimonónicos por la práctica del “amor libre, el amor con alas, pero sin venda, sin solemnidades y sin sonrojos”, y comenta ampliamente su comportamiento durante sus disputas.⁴

Esta visión ruda y varonil de las talayeras recreada por Francisco González tuvo un gran éxito en su época y se transmitió a la iconografía a través de la obra pictórica y escultórica de autores locales como Néstor Martín Fernández de la Torre, que la adopta como canon femenino para representar a las mujeres en su *Poema de la Tierra* (1919) y, en especial, en el cuadro titulado *Pareja de mujeres con talla* [Foto 4], o Santiago Santana que en su cuadro titulado *Alfarera de Gran Canaria*, de 1947, la representa caminando con una talla a la cabeza, vestida con falda, delantal y “zapatos” [Foto 5], en una clara evocación al texto de Francisco González. Pero, como sucediera con la imagen de la talayera producida por los primeros turistas, las fotografías conservadas de principios del siglo XX transmiten una imagen más real, vestida al uso de la época: con falda larga, mantilla, pañuelo y cerámica a la cabeza, en la foto de Perestrello de finales del siglo XIX [Foto 6]; y con falda hasta la rodilla, como comienza a ser normal en la década de los años sesenta del siglo XX, y con una cesta de ropa a la cabeza para llevarla a lavar a la acequia, en una foto de Ramón Dimas [Foto 7].



Foto 4: autor Néstor Fernández de la Torre. Pareja de mujeres con talla. 1919.



Foto 5: autor Santiago Santana. Alfarera de Gran Canaria. 1947.



Foto 6: autor Jordao da luz Perestrello. Talayeras con cerámica. 1890-1900.



Foto 7: autor Ramón Díaz. Lavanderas de La Atalaya. En De la Torre. C. 1966.

PANCHITO Y LA OCULTACIÓN DE LA MUJER

Sin embargo, a partir de mediados del siglo XX, la imagen de la talayera como alfarera va perdiendo protagonismo progresivamente y va siendo oscurecida por la resplandeciente figura de Panchito, en un proceso que encuentra explicación en el contexto histórico, cultural y personal que se inicia en la década de los años cuarenta del siglo XX. A partir de este momento, la sociedad grancanaria comienza a experimentar grandes transformaciones que vienen determinadas, entre otras causas, por la recuperación económica mundial favorecida por el final del período bélico, que produce la reactivación del comercio, la recuperación de la actividad turística en la isla a principios de los años sesenta y la transformación de la sociedad grancanaria tradicional favorecida por ambos fenómenos, que se desruraliza.

La reactivación del comercio mundial de productos industriales terminó desplazando a la producción local de cerámicas con fines domésticos, que entran en desuso, y la implantación de la agricultura de exportación y la recuperación de la actividad turística en las Islas acaban desarticulando la sociedad rural tradicional que se transforma ante las nuevas demandas de mano de obra producida por la generalización de los cultivos de plátanos y tomates para la exportación y por el desarrollo de un turismo de masas. Esto, entre otras razones, motiva que la producción locera del pago de La Atalaya no encuentre mercado frente al moderno ajuar de cocina de metal y plástico y la generalización de la cocina de gas butano, y que la población de La Atalaya abandone progresivamente la elaboración de cerámica y pase a trabajar en la hostelería, la construcción, la agricultura o el servicio doméstico.

Todas estas circunstancias explican el abandono de la actividad alfarera con fines domésticos y la desintegración de la estructura socio-familiar articulada en torno a las ancianas alfareras, las “dueñas” (Ascanio Sánchez, C., 2007: 295), que organizaban la actividad productiva y comercial y garantizaban la cohesión familiar. Ellas eran hasta entonces las que mantenían a la familia unida en torno a la actividad productiva, las que transmitían los conocimientos y las que daban trabajo a aquellas mujeres que no podían constituir su propio núcleo productivo. Eran las ancianas sobre las que fijaron su atención Olivia Stone o Charles Edwardes. En la foto de James Anderson de 1891 se aprecian las tres generaciones de mujeres, abuela, madre y nieta, sobre las que se articulaba el núcleo familiar hasta este momento [Foto 8].



Foto 8: autor James Anderson. Talayera moliendo almagre. 1891. Fondo fotográfico de la FEDAC.

El brusco descenso del consumo de cerámicas impulsa a las mujeres a abandonar la actividad. La segunda generación, las madres, ya no reemplaza a las “dueñas” y la cadena de transmisión de las técnicas alfareras comienza a desintegrarse. Solo unas pocas mujeres aprovechan la escasa afluencia de turistas para mantener de forma independiente, sin la cobertura que confería la estructura familiar tradicional, la producción de souvenirs, miniaturas que imitaban las formas tradicionales, y de macetas para flores, complementando sus ingresos con la venta de flores. Como augura Pedro Lezcano en 1944, al hilo de un comentario de una vieja alfarera, “pronto habrá chiquillos —quizá los nietos de las actuales artesanas— que jueguen a las bolas con las brillantes lisaderas” (Lezcano Montalvo, P., 1944: 173).

En este contexto de crisis de la actividad alfarera tradicional, con apenas unas pocas alfareras en producción, surge en el pago un personaje singular que, con el tiempo, acabará por convertirse en el “representante autorizado” de la actividad secular de las alfareras: Panchito. Este personaje era hijo de *la Bartola*, conocida así por ser la mujer de Bartolo, una de las viejas dueñas, de la que observa durante su infancia la práctica del oficio. Como muchos jóvenes de su época ingresó a trabajar en el hotel Santa Brígida como camarero pero, probablemente a consecuencia del incendio del hotel en la década de los años cuarenta, se incorpora a la actividad alfarera siendo el único hombre que se dedica de pleno a esta actividad. En cualquier caso, ya en el año 1944, cuando Pedro Lezcano publica su artículo, estaba en activo.

Durante su estancia en el hotel, Panchito aprendió a tratar con los turistas y a reconocer el valor de la cerámica tan admirada por ellos, a lo que se unió su carácter abierto y afable y su afán innovador, que le permitieron adaptarse a las demandas de los nuevos turistas y la población local, recreando las formas cerámicas tradicionales al gusto de los turistas. Incorpora elementos tomados de las cerámicas aborígenes conservadas en El Museo Canario, elabora piezas por encargo y confecciona miniaturas como regalos de Reyes para niños, pero mantiene las técnicas manuales de elaboración. Lezcano resalta el afán de Panchito por hacerse notar y por emular la cerámica aborígen conservada en El Museo Canario, en la que se inspira para elaborar alguna de sus piezas.

A ello hay que unir un fenómeno que comienza en estas décadas cual fue el interés por el estudio de la etnografía y las tradiciones que comenzaban a perderse. Como señala C. Ascanio (2007: 285), a mediados del siglo XX el pago comienza a ser visto con otra mirada, la de los estudiosos de las tradiciones, de sus gentes y de sus productos y el lugar comienza a adquirir un nuevo valor. Es entonces cuando, de la mano de Atilio Gaudio (1958), sin duda cautivado por la personalidad de Panchito, se produce la masculinización definitiva de la actividad. Es él quien declara a Panchito como el “último de los alfareros” y el que “oculta a las mujeres” (Ascanio, 2007: 289).

A finales de la década de los años setenta, Alfredo Herrera Piqué, en un artículo publicado en la revista *Aguayro* (Herrera, 1979), difunde y autoriza entre los estudiosos locales la visión elaborada por los turistas y apunta que “no se descarta una procedencia prehispánica de los antiguos talayeros, que acaso, al igual que ocurrió en otros lugares de Gran Canaria, conservaron allí el hábitat peculiar de sus antepasados, como también prolongaron la tradición alfarera del neolítico”. También asume la visión idealizada, aunque atenuada, de las mujeres elaborada por González Díaz y les reconoce “una remarcable belleza y sus facciones y color de sus ojos las acercaban a los rasgos que se creyeron característicos de parte de la población aborígen de la isla”. Por último, siguiendo a A. Gaudio, sentencia que Panchito era el único

alfarero en activo que quedaba, ocultando la actividad de las mujeres. Sin embargo, en la década de los años sesenta, según recuerda Juan Ramírez Rivero, uno de los entrevistados por nosotros, estaban activas trece alfareras: *la Bartola* (la madre de Panchito), Mariquita Alonso (la abuela de Antonia Alonso), Luisita Vega, Antonia (la madre de Antoñita *la Rubia*), Juana Alonso, Juana Narcisa (que era considerada la mejor), Lola *la Priola* (la madre de Antoñito el *Perra chica*), Cho Pinito Valido, Ana (la abuela de María y Felipe Guerra), Antoñita Perera, Cho Rosario la Grilla, Cho Dolores Benítez y Mariquita Perera [Fotos 9-11].



Foto 9: autor sin identificar. Luisita Vega. 1955. Fondo fotográfico de la FEDAC.



Foto 10: autor sin identificar. Cho Pinito Valido. 1955-1965. Fondo fotográfico de la FEDAC.



Foto 11: autor sin identificar. Cho Dolores Benítez. Fondo fotográfico de la FEDAC.

Sin duda, en este proceso de ocultación de la mujer influyó tanto el carácter afable de Panchito como la mayor facilidad de acceso a él de los estudiosos que, en su mayoría, eran de género masculino. Panchito pues se convirtió en el interlocutor válido y supo aprovechar esta circunstancia. De este modo, durante la década de los años setenta, las dos últimas alfareras, Antoñita *la Rubia* y María Guerra *la Quemá*, aunque en actividad, se convirtieron a los ojos de los estudiosos casi en sus ayudantes, pasando a un segundo plano, si no desapareciendo de la escena [Fotos 12-13].



Foto 12: autor Pedro Socorro Santana. En AA.VV. 1999.



Foto 13: autor Augusto Valmitjana. María Guerra y Panchito almagrando en su alfar. 1945-1950.

Años más tarde, en el ambiente de recuperación de las tradiciones que caracterizó las décadas finales del siglo XX, desde la recién creada Escuela de Folklore del Cabildo de Gran Canaria y desde la Comisión de Arqueología de El Museo Canario se propone la revitalización de las tradiciones en fase de desaparición (Cuenca Sanabria, J., 1986) a partir del estudio de las pervivencias. Al mismo tiempo, jóvenes entusiastas en la recuperación de las tradiciones, en su mayoría varones, se introducen en el pago de la mano de Panchito, que se ofrece gustosamente a la transmisión de sus conocimientos a los nuevos artesanos.⁵ De esta forma, Panchito se convirtió en el confidente de toda una generación de estudiosos y en maestro de muchos de los actuales alfareros neoartesanos, para los que se convirtió en un “gurú” y en representante vivo de la tradición alfarera de la isla, mientras que las últimas alfareras, Antoñita *la Rubia* y María Guerra *la Quemá*, quedaron relegadas a un segundo plano. De esta forma se impone la idea de que la alfarería era cuestión de hombres. Incluso hoy día, veintidós años después de la muerte de Panchito, la sombra de su figura proyectada a través de la asociación ALUD, fundada por sus discípulos, y por la continua actividad desarrollada desde la Casa-Museo-Alfar que lleva su nombre creada en 1999, aún oculta el trabajo de María Guerra, *la Quemá*, la última alfarera.

LA MEMORIA VIVA DEL OFICIO

A pesar de ello, los últimos descendientes vivos de la última generación de alfareras aún conservan algunos recuerdos del pasado inmediato del poblado que nos relatan durante las entrevistas realizadas en enero de 2007.⁶ Prácticamente todas las abuelas de estas personas fueron alfareras, pero en muchos casos sus madres ya no. Aunque fueron iniciadas en el oficio a una edad muy temprana, a los cinco o seis años, superada la barrera de los treinta muchas de ellas lo abandonaron ocupándose del servicio doméstico en las viviendas de las familias acomodadas de Santa Brígida, y muy pocas continúan la actividad, siendo una excepción María Guerra, la última alfarera, que aún permanece activa produciendo cerámica. Así pues,

todos ellos fueron testigos de la progresiva desaparición de la producción artesana y del modo de vida asociado a ella.

Su vida en general, y su infancia en particular, fue dura, pues además de las condiciones del medio rural, padecieron las penurias propias de la posguerra. Con frecuencia su escolarización fue irregular pues, como recuerdan, sus abuelas y madres las sacaban de la escuela para buscar leña o transportar las piezas al horno e incluso para colaborar en la primera fase de elaboración de las piezas. En otros casos, eran ellas mismas las que evitaban asistir a la escuela, escondiéndose. Una de ellas recuerda cómo su abuela, en los años treinta del siglo XX, la obligaba a trabajar: “¡Coge el barro! ¡venga, a empezar! Y me decía pues si hoy te sale cambao, mañana te sale derecho, porque si estas haciendo y desbaratando, no aprendes. Las cosas que se hacen se dejan como salen y no hay que estar desbaratándolas, sino dejarlas. Me dolía el culo y me decía, no te solivies el culo que no te vas a levantar de ahí hasta que termines y no te vas a almorzar”.

En todos los casos, a los diez u once años se incorporaban al trabajo asalariado o ayudaban en las labores domésticas. Por lo general, los niños empezaban a trabajar en las labores habituales del campo: sorribando tierra o cavando, recogida de la cosecha, búsqueda de leña a los terrenos vitivinícolas próximos al Monte Lentiscal y Bandama, etc.; y las niñas se iniciaban en el trabajo de la cerámica o se incorporaban al servicio doméstico y a la venta de flores de temporada. Debían ocuparse además de las labores domésticas de su hogar. Entre los seis o siete miembros que habitaban en cada cueva, siempre una de ellas se ocupaba de las tareas. María Guerra nos recordaba cómo su hermana Carmen era quien mejor planchaba y aunque sumidos en la profunda miseria, siempre estaban limpios y bien arreglados. Muchas eran las que continuaban la elaboración de la loza bien entrada la madrugada (sobre todo en época de demanda), después de haber atendido a todos los miembros de la familia. Una de ellas nos comentó cómo una de las alfareras, y en medio del camino destino a la venta de la loza, llegó a dar a luz. El reparto de las piezas encargadas era el destino final convirtiéndose en una cuestión de supervivencia, y la venta, para poder obtener alimentos o dinero, era lo prioritario.

Las cuevas estaban desprovistas de las más mínimas comodidades que empezaban a ser frecuentes entre la población urbana como el agua corriente. Normalmente carecían de puertas y en su lugar se usaban cortinas que, como recuerdan, permitían la entrada de ratas. En su interior apenas existían algunas camas, uno o varios calderos, una cocinilla y una bacinilla que debía compartir una familia media de unas diez personas, siendo frecuente dormir cinco en una cama. El baño estaba fuera de las cuevas. Al carecer de agua corriente o fuente en las proximidades, se bañaban en el barranco de Las Goteras mientras sus madres lavaban la ropa. Otros nos recuerdan, incluso, cómo se desplazaban hacia el barranco de La Angostura, porque al haber tanta gente que acudía a Las Goteras (por cercanía, claro está), el espacio para lavar era cada vez menor. Alguna recuerda que su madre usaba un martillo para partir el pan y la algarabía que se producía por usar un caramelo para endulzar el agua.

Recuerdan cómo durante su infancia se llegaban a hacer hasta siete hornadas al día y cómo existían encargos de vecinos de Valsequillo y Agüimes de utensilios necesarios para los hogares, aunque lo normal era llevar la producción a los puntos de venta habituales. Muchas fueron las piezas elaboradas como regalo de boda y con destino a la cocina del nuevo matrimonio (tallas, loceros, cazuelas e incluso palmatorias como auxiliar para cuando no había luz). Hacia el interior de la isla se vendía en San Mateo, La Lechuza, La Lechucilla, Aríñez, La Concepción, La Cruz, La Bodeguilla, Camaretas, La Yedra, y en Telde y, sobre

todo, en Las Palmas y en el Puerto. A Las Palmas y el Puerto se bajaba el viernes por la tarde y se vendía el sábado, y el domingo se vendía en Telde. La unión entre todos los miembros del poblado era palpable en todo momento. Entre todos organizaban la venta de cada fin de semana. Partían juntas desde muy temprano y al llegar al Puente de Palo, a pesar de que cada una vendía sus piezas, si alguna acababa antes que otra, ayudaba a vender a su compañera.

La comitiva la formaban las alfareras, los que iban a buscar pescado con “un gancho y dos seretas” y las de las flores. El punto de reunión eran unas piedras que estaban en la “subida de los Bordes”. Bajaban por la carretera hasta la antigua fábrica de tabaco de la Favorita, para continuar, por atajos, hasta la Cervecería de Las Brujas, y desde aquí hasta el fielato y, una vez dentro de la ciudad, al mercado de Las Palmas. Los puntos de venta eran el Puente de Palo y la Plaza del Mercado. Había un camino directo a Telde, que pasaba por el puente de Las Goteras, la Higuera Canaria y el Puente de Telde. El puesto de venta era la Plaza de San Gregorio en Telde. Según Felipe Guerra había un reparto de mercados. En Telde vendían Lola Guillermo, María *la Grilla*, la madre de Felipe Guerra, Juana Alonso, la abuela (Carmen) y la madre de Carmen Perera, Luisa Vega, y Pancho *silín*. A la Higuera iba María Alonso. La mujer de José María *el Negro* vendía en el Monte y Santa Brígida. Felipe Guerra recuerda que durante algunos años, cada tres o cuatro meses, vendía en La Matanza grandes cantidades de loza por las que obtenía diez o doce mil pesetas. La comida de los días de venta estaba formada por chochos con gofio, pan de millo de Agüimes y tortas.

Sin embargo, durante la posguerra, más que vender, las alfareras cambiaban su producción por comida (carne de cochino salada, manzanas, papas, piñas, coles, castañas, nueces), “por lo que nos dieran”. En ocasiones, el pago por una maceta era su capacidad llena de castañas o nueces. Además llevaban a la cumbre vinagre del Monte por encargo. Antonia Alonso nos recordó cómo, en una de las ocasiones que se dirigía hacia San Mateo, tropezó y se le cayeron las tallas que llevaba y, lo peor, el recuerdo de ver a su abuela llorar, porque sabía que ese día volverían sin nada para comer.

Esta generación abandona progresivamente la alfarería y la actividad agrícola a lo largo de la década de los años setenta-ochenta del siglo XX, pues la economía familiar se sustentaba en ese entonces con el trabajo de los hombres en la agricultura de exportación, en la construcción, en el muelle o en los frigoríficos del puerto. Muchas mujeres entraron a trabajar en los hoteles como lavanderas y otras en el servicio doméstico. Pero además de la transformación de la economía que experimentan las Islas a partir de mediados del siglo XX, la producción alfarera comienza un rápido retroceso por la generalización de los calderos y más tarde de los *tupperware* que terminan desplazando las piezas cerámicas en un contexto de progresiva mejora de las condiciones de vida de la población. En este momento, la venta se hacía difícil y no era extraño retornar con las piezas sin vender, aunque la demanda de macetas cerámicas para los viveros de plantas y flores produjo un ligero repunte de la actividad hasta que se generalizan las macetas de plástico que terminan por arruinar la alfarería, y compaginaban su actividad con la venta de flores cortadas que adquirían en Telde y retamas de la cumbre y con la costura.

CONCLUSIÓN

A modo de conclusión resaltamos que lo que realmente pretendemos con este artículo es rendir un merecido homenaje a la mujer talayera, a la mujer alfarera del pago de La Atalaya de Santa Brígida, sometida a un reciente olvido no solo por el abandono generalizado del sector artesanal sino también por la sobrevaloración de la figura de Panchito, a pesar de la

labor desempeñada por ellas en la continuidad de la actividad artesanal como una herencia cultural representativa de la propia identidad local del poblado alfarero. En definitiva, pretendemos destacar la importancia que adquirió desde siglos atrás la idiosincrasia de un poblado humano, como ha sido el del pago alfarero de La Atalaya, comandado por su población femenina, con características propias y prácticamente únicas dentro de la sociedad grancanaria.

BIBLIOGRAFÍA

- ASCANIO, C.: *Género, tradición e identidades. Estrategias de creación de valor en la alfarería de La Atalaya (Gran Canaria)*, Las Palmas de Gran Canaria: Anroart Ediciones S.L., 2007.
- BARKER, C. F.: *Dos años en las Islas Canarias (relato de un viaje por las Islas Canarias en coche, a pie y en bestia, con el objetivo de divulgar las escrituras en lengua española)*; estudio crítico, Manuel Hernández González; traducción, José A. Delgado Luis, La Laguna: Graficolor, S.L., 2000 [1917].
- BORGERT, A.: *Gran Canaria*. Reiseeindrücke. Monatshefte, XCIV. 562- Juli 1903.
- BROWN, A. S.: *Madeira, Islas Canarias y Azores*, Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 2000 [1916].
- BURTON ELLIS, A.: *Islas de África Occidental (Gran Canaria y Tenerife)*; Introducción, Manuel Hernández González; Traducción, José A. Delgado Luis, La Orotava, Tenerife: JADL, (1993) [1885].
- BURTON, R. F.: *El volcán, el almirante y los gallos*, Santa Cruz de Tenerife: Idea, 2005 [1883].
- BUCH, L.: *Descripción física de las Islas Canarias*. Estudio crítico de Manuel Hernández González. Traducción de José A. Delgado Luis, La Laguna, Tenerife: Ediciones Graficor S.L., 1999 [1836].
- CHRIST, H.: *Un viaje a Canarias, en primavera*. Prólogo de Ángel Luque Escalona. Traducción de Karla Reimers Suárez y Ángel Hernández Rodríguez, Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1998 [1886].
- CUENCA SANABRIA, J.: “La Atalaya de Santa Brígida. Primitivo centro locero de Gran Canaria”, *Aguayro* 130, 1981, pp. 6-11.
- “Los últimos alfareros”, *Diario de Las Palmas*, 9 de mayo de 1981.
- “El centro locero de La Atalaya. La necesidad de creación de un ecomuseo”, *Aguayro* 166, 1986, pp. 21-25.
- EDUARDES, C.: *Excursiones y estudios en las Islas Canarias*. Prólogo de Nicolás González Lemus. Traducción y notas de Pedro Arbona, Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1998 [1888].
- FRITSCH, K. von: *Las Islas Canarias: cuadros de viaje*; traducción, estudio introductorio y notas de José Juan Batista Rodríguez y Encarnación Tabares Plasencia, Tenerife, Gran Canaria: Centro de la Cultura Popular Canaria, 2006.
- GAUDIO, A.: *Épiques et douces canaries*, Paris, Rene Julliard, 1958.
- GONZÁLEZ DÍAZ, F.: *La “Talayera”*, *Diario de Las Palmas*, 10 de julio de 1900. Las Palmas.
- HERRERA PIQUÉ, A.: “La Atalaya, antiguo centro alfarero de Gran Canaria”, *Aguayro* 113, 1979, pp. 17-20.
- “El último alfarero”, *Canarias* 7 (4 de abril de 1986).
- LATIMER, F.: *Los ingleses en las Islas Canarias*; prólogo, Santiago J. Henríquez Jiménez; traducción y notas, Alicia Rodríguez Álvarez, Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, 2005 [1888].
- LATIMER, I.: *Notas de un viaje a las Islas de Tenerife y Gran Canaria (Un clima de verano en invierno)*, La Orotava: Graficolor, S.L., 2002.
- LAGARD, M.: *Procedimientos primitivos de alfarería en las Islas Canarias*, Biblioteca Nacional de París. París: Bulletins de la société d’anthropologie de París, 4ª serie, Tomo 2º, 1891, pp. 675-683.

- LEZCANO MONTALVO, P.: “Visita a La Atalaya de Gran Canaria”, en *Palabras y Cosas*: 172-184. La Laguna, 1944.
- MALUQUER Y VILADOT, J.: *Recuerdos de un viaje a Canarias*, Barcelona: Imprenta de Henrich y Compañía en Comandita, 1906.
- MAXIMILIANO, I.: Anónimo [Erzherzog Ferdinand Maximilian von Habsburg] (1861): *Reise Skizzen. Über die Linie, 1860*. Aus der k. k. Hof- und Staatsdruckerei. Wien, 1861.
- MURRAY, E.: *Recuerdos de Gran Canaria y Tenerife*. Canarias, Santa Cruz de Tenerife: Gráficas Tenerife S.A., 1859 [1988].
- POUDENX, L. H. L., Conde de: “*Fragment sur une excursion, entreprise dans la grande Canaire*“. *Annales Générales des Sciences Physiques*, Bruselas, tomo II. En PICO, B. Y CORBELLA, D. [dir], (2000): *Viajeros franceses a las Islas Canarias*, Santa Cruz de Tenerife: Instituto de Estudios Canarios, 1819.
- RODRÍGUEZ SOCORRO, M. P. y SANTANA SANTANA, A.: “El Monte Lentiscal en los inicios del turismo en Gran Canaria”, *EL PAJAR, Cuadernos de Etnografía Canaria*, 23, 2007, pp. 71-76.
- SANTANA SANTANA, A. y RODRÍGUEZ SOCORRO, M. P.: *El Monte Lentiscal, un espacio de larga tradición turística*, Santa Cruz de Tenerife: Ediciones IDEA, 2006.
- SARMIENTO PÉREZ, M.: “Cuevas canarias en los textos de viajeros alemanes del siglo XIX”. En Hernández, S. J. (Coord.): *El viaje literario y... la cueva: imágenes de la memoria*, Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, 2007, pp. 252-286.
- SCHACHT, H.: *Madeira und Tenerife mit ihrer Vegetation*, Berlin: G.W.F. Müller, 1859.
- SMITH, C.: *Diario del viaje a las Islas Canarias en 1815*; estudios preliminares, Per Sunding, Arnoldo Santos; traducción, Cristina S. Hansen, La Orotava: Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia, 2005.
- STONE, O.: *Tenerife y sus seis satélites*, Valencia: Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1995 [1889].
- VERNEAU, R.: *Cinco años de estancia en las Islas Canarias*, La Orotava: J.A.D.L. 1981 [1891].
- WEBB, P. B. et BERTHELOT, S.: *Histoire Naturelle des îles Canaries. III, 1. Géographie Botanique*. 1840. En http://humboldt.mpiwg-berlin.mpg.de/webb_histo_fr_01_1840/HTML/HMP_0001.html
- WHITFORD, J.: *Las Islas Canarias, un destino de invierno (1890)*; traducción de Jonay Sevillano Regalado, La Orotava, Tenerife: Ed. Jonay Sevillano Regalado, 2003 [1890].

NOTAS

- ¹ Este trabajo se ha realizado en el marco de la Beca INNOVA del Programa de Mecenazgo Universitario de la Fundación Universitaria de Las Palmas (INNOVA-2006) BP-16, titulada *El Poblado alfarero de La Atalaya: recuperación del patrimonio cultural como recurso turístico. Ruta de la loza: imagen presente de nuestros antepasados*, concedida a la primera autora, y del proyecto de investigación *Ciencia versus ficción en el conocimiento geográfico de las Islas Canarias* (P.I. SEJ2007-61410/GEOG), financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología español, dirigido por el segundo autor.
- ² Rodríguez Socorro, M. P. (2004): *Itinerarios turísticos en áreas protegidas: problemática y metodología para su elaboración*, realizada por María del Pino Rodríguez Socorro con la dirección de Antonio Santana Santana y Guillermo Morales Matos, y defendida en el Departamento de Geografía de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria en diciembre de 2004. <http://bdigital.ulpgc.es>.
- ³ Santana Santana, A. y Rodríguez Socorro, M. P. (2006) y Rodríguez Socorro, M. P. y Santana Santana, A. (2007).
- ⁴ “Son varoniles, bravas, resueltas, acometedoras. Cuando surge entre ellas por cuestión de pantalones ó por incompatibilidad de caracteres, algún conflicto, lo dirimen como verdaderas heroínas á puñadas y a mordiscos, sin permitir —eso nunca— que los hombres intervengan en su defensa... En tales casos, desátense sus lenguas venenosas y se ponen cual digan talayeras, que es mucho peor que cual digan dueña; vomitan por sus bocazas, en su habla enrevesada y bestial, injurias á borbotones, concluyendo por asirse de los moños y zarandearse furiosamente hasta que el cansancio las rinde ó queda el campo por una de las luchadoras”. (Díaz González, F., 1900).
- ⁵ El artículo de J. Cuenca Sanabria, “Los últimos alfareros” (*Diario de Las Palmas*, 9 de mayo de 1981), es un buen ejemplo del proceso de encantamiento que Panchito ejercía sobre quien lo visitaba y mostraba interés por la alfarería.
- ⁶ Las entrevistas fueron realizadas en enero de 2007 a 7 personas, 4 mujeres y 3 hombres, vecinos del pago, vinculados todos ellos a familias “talayeras” y a la elaboración de la loza, con una edad media de unos ochenta años, que nacen a finales de la década de los años veinte y principios de los años treinta del siglo XX y con un objetivo común: elaborar piezas de loza para su supervivencia. Los entrevistados son Juana Santana Dávila, María del Carmen Perera Rivero, Antonia Alonso, María Guerra, Felipe Guerra Alonso, Benigno Santana González y Juan Ramírez Rivero. A todos ellos muchas gracias.